XVII Domingo del Tiempo Ordinario C

Una oración en espiral

"Jesús entonces les dijo: Cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan del mañana"... San Lucas, cap. 11.

Se hizo una encuesta a un grupo de cristianos: ¿Qué oración te sabes de memoria?. El resultado fue el siguiente: El Padrenuestro, 47%. El Avemaría, 16%. La Salve, 9%. Otras, 7%. Ninguna, 21%.

Considerable el número de quienes han memorizado las palabras del Padrenuestro, que son cincuenta y tres según san Mateo, en la Biblia de Jerusalén. Treinta y cuatro según san Lucas.

Pero la memoria muchas veces nos lleva a la inconsciencia. Es decir, muchos de nosotros le hemos perdido el aire y el sabor a esta plegaria que nos viene de Jesús. Se nos volvió rutina el pronunciarla, como el rumor de una cascada al cual acostumbramos el oído. Como ese hermoso bodegón que preside la mesa familiar y nunca merece nuestro asombro.

San Mateo incluye el Padrenuestro en el largo sermón de la montaña, que se extiende por varios capítulos su Evangelio.

San Lucas lo presenta aparte, en un contexto distinto: "Una vez que Jesús estaba orando, uno de sus discípulos le dijo: Enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. Jesús le respondió: Cuando oréis decid: Padre, santificado sea tu nombre..." y les entregó ésta que llamamos oración dominical, porque nos viene del mismo Señor.

Los biblistas han zarandeado el texto, dividiéndolo en peticiones, recorriéndolo de arriba abajo. De derecha a izquierda.

Un ejercicio respetable. Pero a los cristianos comunes nos bastará repetir la primera palabra: Padre, el Abbá arameo, una expresión llena de ternura y de confianza. Y en ella engarzar diariamente nuestros ruegos.

Alguien ha dibujado el Padrenuestro en forma de espiral: Todo lo que allí se pide o se desea, descansa sobre la primera invocación, que le sirve de base y de impulso ascendente. Sobre la certeza de que Dios es Padre brotaron todos los caminos para anunciar el Evangelio. Sobre la seguridad de su amor, todas las tragedias humanas cambian de signo y se iluminan de esperanza.

A renglón seguido, san Lucas añade una parábola para alentar nuestra constancia, frente a un Dios que trabaja despacio: Se trata de alguien a quien de improviso le llega una visita. Recurre entonces a un amigo: Préstame tres panes que me saquen del apuro. Pero el otro responde: Mira que ya es de noche. La puerta de casa está cerrada. Mis hijos y yo estamos durmiendo. Sin embargo, ante la insistencia del necesitado, el amigo se levanta a ayudarlo.

Y el evangelista termina aquella página con un reto a nuestra condición de hijos de Dios: "Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. ¿ Qué padre entre vosotros, cuando su hijo del pide un pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?"

San Lucas contrapone esta actitud de los padres de la tierra con la de Dios que nos regala su Espíritu. San Mateo concluye el párrafo con algo más comprensible: “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿qué no hará vuestro Padre de los cielos?”.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y